



“Ciencia, progreso y dignidad humana”

Jordi Cervós Navarro

Catedrático de Neuropatología

Rector de la Universitat Internacional de Catalunya

Ex-Vicepresidente de la Universidad Libre de Berlín

Introducción

Teniendo en cuenta que la jornada sobre *El sentido del trabajo universitario* se encuadra dentro de la serie de actos que conmemoran el nacimiento del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer, voy a tratar los temas que se me han sugerido para la clausura en relación con las enseñanzas del Fundador del Opus Dei.

Se trata de hablar de una persona que ha fundado algo que mucha gente ajena al Opus Dei, e incluso fuera de la Iglesia, considera uno de los fenómenos más importantes del siglo XX. Y aquí es donde me encuentro en el dilema, porque evidentemente lo importante es el espíritu del Opus Dei y la figura de su Fundador, pero esto para mí va muy ligado a los recuerdos personales, a mis encuentros con el que para los fieles de la Prelatura del Opus Dei es *nuestro Padre*.

De estos recuerdos personales querría haber hablado personalmente. Desgraciadamente, un problema de coordinación me impide estar presente, pero estoy seguro que mis amigos y colegas Barcia y Llobart me representarán más que perfectamente. Espero que algunos de los rasgos, relacionados con el tema de mi conferencia que a mí subjetivamente me han impresionado más, se pongan bien de manifiesto.

Mi primer encuentro con el Beato Josemaría fue hace 54 años, en febrero de 1948, cuando en un centro de la Obra en Barcelona un compañero de bachillerato, Antonio Cladellas -que murió hace unos años en algún país de América central- me mostró *Camino*. Fue todo un descubrimiento, espe-

cialmente porque me abrió el mundo de la oración mental; es decir, ver la posibilidad de un diálogo íntimo con Dios. Hasta entonces, para mí, la oración consistía en rezar padrenuestros y avemarías, es decir, oración vocal. Con *Camino* aprendí a hablar con Dios de tú a tú, personalmente. Otro punto que me fascinó fue el 335: “Una hora de estudio, para un apóstol moderno, es una hora de oración”. Con esto entramos de lleno en la primera parte de nuestro tema.

Ciencia

La vida pastoral del Fundador abarcó, sin distinciones, a intelectuales y a trabajadores humildes. Desde primera hora se rodeó en Madrid de jóvenes universitarios, artistas y artesanos, para alumbrar en sus mentes la participación cristiana en la dinámica creadora de técnicas y saberes. Pero como indica Vázquez de Prada en 1983 en la primera de sus biografías sobre el Fundador del Opus Dei, la suya fue una vocación intelectual, que empieza en los años de Logroño, cuando su padre le aconsejó que, además de los estudios eclesiásticos, hiciese la carrera de Derecho. Ya siendo sacerdote, ejercería como profesor de Derecho Canónico en Zaragoza y de Romano en Madrid. Explicó Ética profesional y Deontología en la Escuela de Periodismo. Obtuvo un doctorado en Leyes por la Universidad Central; otro en Teología por la del Laterano, y, en 1960, la Universidad de Zaragoza le honró con un *honoris causa*. Nunca se desentendió de la vida universitaria.

Junto con profundos conocimientos de ciencia jurídica y sagrada, destacó por sus muy relevantes dotes en el terreno práctico. Se le nombró miembro de la Pontificia Academia de Teología (1957); Consultor de la Sagrada Congregación de Seminarios y Universidades (1957), así como de la Comisión Pontificia para la interpretación auténtica del Derecho Canónico (1961). Y, más adelante, sería Gran Canciller de las Universidades de Navarra (España) y Piura (Perú).

Hacia mayo de 1948, yo le conocí personalmente. Éramos todos chicos jóvenes, y el anuncio de que nuestro Padre venía, nos provocó un gran entusiasmo. Enseguida nos dijeron que, ya que el espíritu de la Obra era la santificación del trabajo, no podía ser que nos encontrara a todos de jarana en tertulia. Yo me puse a estudiar, pero con un poco de picardía, en un cuarto solo, que también servía de comedor. Tengo que reconocer que en este caso olvidé que, como nos recordaba el Beato Josemaría, “estudiar es una obligación grave”, y “al que pueda ser sabio no le perdonamos que no lo sea”. Más que estudiar, me dediqué a mirar por el balcón. Cuando vi llegar el coche con *nuestro Padre*, me arreglé, sin decir nada a nadie, para

pasar casualmente por delante de la puerta. Cuando llamaron y la abrí. Al entrar, me saludó efusivamente, y, desde el primer momento, quedé impresionado por la alegría, la jovialidad del Beato Josemaría. Se podría esperar que el Fundador del Opus Dei, que nos repetía la necesidad de vivir conscientes de la presencia de Dios, fuera una persona seria, profundamente seria, podríamos decir. Por eso me impresionó su alegría, jovialidad, su humor, su buen humor. Más tarde nos diría que en 1928 al fundar el Opus Dei “tenía sólo veintiséis años, la gracia de Dios y buen humor”.

La advertencia de que cuando llegara nuestro Padre nos encontrara estudiando, corresponde a su interés por nuestra formación intelectual, pues con ello nos preparábamos para trabajar por Dios y por la sociedad. Con frecuencia nos preguntaba a cada uno cómo iban nuestros estudios. También insistía en la necesidad de tomar en serio el estudio de idiomas, algo que por aquel entonces en España no era corriente, pues el acicate que en la actualidad representan los viajes al extranjero era prácticamente inexistente. El que muchas empresas valorasen los conocimientos de inglés como ocurre hoy en día, se podía predecir tan poco en una España internamente aislada como tampoco era posible pensar en la globalización que estamos viviendo medio siglo después. Mi interés por el alemán, en los dos cursos que lo estudié en el bachillerato, había sido mínimo, pues eran los años 1945 y 1946, cuando Alemania estaba ya perdiendo y perdió finalmente la guerra. Poco podía predecir yo que el alemán iba a ser el idioma que más he hablado en mi vida, exactamente durante 48 años. El que así fuera está directamente relacionado con el Beato Josemaría.

Estando yo en el Colegio Mayor Miraflores, pasó por Zaragoza y en una tertulia le pregunté cuándo comenzaría la labor del Opus Dei en Alemania. Él me preguntó si sabía alemán. Yo le dije que sí, dudando un poco, porque verdaderamente sabía muy poco; me lo hicieron sentir así también los otros colegiales que estaban en la tertulia con un *buhhhhh* un poco maleducado y exagerado pero que no tuvo ninguna influencia sobre nuestro Padre. Al contrario, me dijo: “pues irás a empezar la labor en Alemania”. Mi pregunta no fue fortuita. Era la manifestación de algo que estaba entonces claro para todos los miembros de la Obra: que teníamos que ir por todo el mundo. Así lo habíamos aprendido de él. Ya que cuando vio por primera vez el 2 de octubre de 1928 la Obra, la vio con entraña universal, para todo el mundo, y vio con bastante claridad muchas de las cosas que han ido sucediendo después.

Ya en Alemania, pude ver la solicitud de nuestro Padre para los que comenzábamos la labor con unos medios muy inadecuados, empezando

porque no sabíamos el idioma, y los medios materiales eran muy deficientes. Había escasez de viviendas en un país cuyas ciudades habían quedado destruidas por la guerra. En Colonia, el 80% de casas estaban tocadas, y el 50%, destruidas. Quizás por este motivo, muy pronto nuestro Padre nos vino a visitar; la primera vez fue ya en el 54. Después nos siguió visitando otras cinco veces más. Es evidente que él venía a propósito para darnos ánimos, y dejándonos siempre clara la esperanza de que, aunque todavía no viésemos los frutos, los frutos llegarían. Esta fue otra experiencia con nuestro Padre, que siempre veía el futuro, no diría yo de color rosa, sin dificultades, pero sí con una esperanza segura. Se basaba en la esperanza en Dios. Y por eso, con esta seguridad nos decía siempre: “soñad y os quedareis cortos”.

Siempre me preguntaba cómo iba mi doctorado y más tarde mi carrera académica. Le gustaba mucho oír detalles. Siempre que lo iba a ver con motivo de algún congreso en Italia, me preguntaba “¿cómo van tus cerebros?” y me recordaba aspectos que también se encuentran en *Surco*, uno de ellos era el punto 950: “Efectivamente, lo viejo merece respeto y agradecimiento. Aprender, sí. Tener en cuenta esas experiencias, también. Pero no exageremos: cada cosa a su tiempo. ¿Acaso nos vestimos con chupa y calzón, y cubrimos nuestras cabezas con una peluca empolvada?” Por eso siempre me animaba a aprender nuevos métodos y por eso me dediqué al microscopio electrónico, que por aquel entonces empezaba a utilizarse. También nos recomendaba mucho la ilusión de servir a los otros. Como dice en el punto 229 de *Surco*: “Profesor: que te ilusione hacer comprender a los alumnos, en poco tiempo, lo que a ti te ha costado horas de estudio llegar a ver claro”.

Una penetrante visión de la historia acompañaba su proyección de la Obra en el futuro. Se hallaba muy lejos de comulgar con el pesimismo que venía impidiendo durante siglos el progreso de los católicos en la sociedad española. Vivían éstos en una falsa apreciación del cristianismo, con la que sobredoraban sus ideales. Hábitos tan erróneos como el replegarse con nostalgia en su refugio interior, evadiendo responsabilidades civiles y atrincherándose contra la iniciativa.

Ante esa inhibición de los católicos por embarcarse en las empresas vitales de la técnica y de la cultura, el Fundador se vio obligado a nadar contra corriente. Insistía en que la participación del laico en la misión de la Iglesia consiste en “santificar *ab intra* -de manera inmediata y directa- las realidades seculares, el orden temporal, el mundo”. Mientras que el sacerdote es un miembro del Pueblo de Dios entresacado de los laicos y consagrado para vivir entre los hombres con una específica función eclesial.

Su interés por la vida académica era completamente ajeno a ambiciones personales. Contaba Mons. Marcelino Olaechea, gran amigo suyo desde el comienzo de la Obra, que algunos aconsejaron a don Josemaría prepararse para una cátedra, dando así mayor resonancia a su mensaje. A lo que les contestaba invariablemente, rechazando la sugerencia: “Si yo me limito a ser sacerdote *cien por cien*, habrá muchos otros sacerdotes *cien por cien*, hará muchos buenos católicos que serán catedráticos, empleados o campesinos -hombres y mujeres- que servirán fielmente a la Iglesia como cristianos *cien por cien*”.

Aunque consideraba como el más importante de los apostolados del Opus Dei el que “cada miembro realiza con el testimonio de su vida y con su palabra, en el trato diario con sus amigos y compañeros de profesión”, no descuidó tampoco el promover obras corporativas. Ordenadamente, principió por el “apostolado de la inteligencia”, ya que como él decía “a los hombres –como a los peces- hay que cogerlos por la cabeza”. Sus primeros esfuerzos se orientaron a las residencias de estudiantes, que se iniciaron en Madrid, en la Residencia DYA de la calle Luchana. Luego se multiplicaron los centros universitarios por la geografía española, por Italia, Portugal, Inglaterra..., América, África, Asia, Australia.

Sin duda, una de las obras corporativas de mayor trascendencia que impulsó el Beato Josemaría es la Universidad de Navarra. Él mismo comentaba: “La Universidad de Navarra surgió en 1952 -después de rezar durante varios años: siento alegría al decirlo- con la ilusión de dar vida a una institución universitaria, en la que cuajaran los ideales culturales y apostólicos de un grupo de profesores que sentían con hondura el quehacer docente”.

Los años de fundación y desarrollo de la Universidad de Navarra obligaron a Mons. Escrivá de Balaguer a emprender gestiones y viajes. Seguir con solicitud todos los pasos exigió gran audacia y costosos sacrificios para la Obra. Por fin, el 6 de agosto de 1960, fue erigida como Universidad por la Santa Sede, y se nombró Gran Canciller al Presidente General del Opus Dei.

El Beato Josemaría tenía, como buen académico, un concepto integral de los principios universitarios: autonomía y libertad en los planes de estudio, en la elección del profesorado, en la administración del patrimonio; libre acceso y preocupación por las necesidades de los estudiantes; formación de la personalidad al margen de lo académico; colaboración con universidades españolas y extranjeras, y relaciones de intercambio en los campos de la cultura e investigación, y, como remate, la transmisión de la ciencia en busca de la Verdad, que es Dios.

Para el Beato Josemaría la ciencia consistía en el cúmulo del saber obtenido por la investigación y por los conocimientos transmitidos por la literatura, ordenados y sólidamente fundamentados. De la misma forma que nos enseñó a vivir personalmente la unidad de vida, sin compartimentos estancos, también en el trabajo científico hacía hincapié en que debíamos cuidar la unidad entre las verdades científicas y la fe. Algo en lo que Juan Pablo II ha insistido en su encíclica *Fides et Ratio*. Otro aspecto en el que nos insistió el Beato Josemaría fue la necesidad de vivir el orden en el trabajo, sin el cual no se puede realizar un trabajo de investigación serio. Los que nos hemos dedicado a la investigación hemos sufrido muchas veces las consecuencias de la falta de orden en el protocolo de los experimentos que ha hecho inútil el trabajo realizado durante meses. En el punto 506 de su libro *Surco* nos dejó escrito: “Desarrollas una incansable actividad. Pero no te conduces con orden y, por tanto, careces de eficacia. -Me recuerdas lo que oí, en una ocasión, de labios muy autorizados: -Quise alabar a un súbdito delante de su superior, y comenté: ¡cuánto trabaja! -Me dieron esta respuesta: diga usted mejor ¡cuánto se mueve!...-Desarrollas una incansable actividad estéril... ¡Cuánto te mueves!”.

Aunque nos enseñó a abrir y no empequeñecer nuestros horizontes tanto en nuestra vida de piedad como en nuestra visión del mundo, también nos insistió en la necesidad de ser realistas en nuestro trabajo, como dice en el punto 333 de *Camino*: “Estudio. -Obediencia: *non multa, sed multum*”. Por eso consideraba incompatible la vida académica con la frivolidad y superficialidad y sobre todo con la falta de veracidad. Desgraciadamente yo mismo he vivido de cerca algo que de vez en cuando sale a relucir en la prensa: el fraude científico. La ambición personal, unida a la falta de escrúpulos y a la presión a la que se ve sometido el investigador, que los americanos resumen en el lema *publish or perish*, puede llevar a algo que va desde un “redondeamiento” hasta una falsificación de los datos de los experimentos. Contra esta tentación nuestro Fundador nos inculcó el amor a la verdad.

Ya para los filósofos griegos la búsqueda de la verdad es el fundamento y estímulo para el cultivo de la ciencia. Esta búsqueda debe ser sincera. Para un científico cristiano el amor a la verdad es un imperativo absoluto. Jesucristo, al exponer su doctrina salvadora, hace del amor a la verdad una cualidad necesaria en sus discípulos, porque “la verdad os hará libres”. Palabras que encierran un profundo significado, a la luz de aquellas otras: “Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida”.

En el contexto de la vida cristiana, no puede existir una auténtica apertura a la Verdad divina, sin un apasionado amor a la verdad, en todos los órdenes, aunque esta actitud pueda a veces resultar incómoda. Y el

Beato Josemaría propone la última consecuencia: “No tengas miedo a la verdad, aunque la verdad te acarree la muerte”. De la verdad no puede nacer más que bien.

Algo que aprendimos del Fundador del Opus Dei fue el sentido de servicio. “Para servir, servir” fue un lema que hizo poner en un repostero en la Residencia Universitaria Zurbarán en Madrid y nos dejó bien claro que el investigador no puede perder nunca de vista que su trabajo es un servicio a la sociedad. Esto no es incompatible con los diferentes motivos que estimulan la investigación, entre ellos el deseo de triunfar y hacer carrera o la curiosidad por poder aprehender mejor la realidad, motivos perfectamente legítimos, pero que no pueden ser en un investigador ni el principal ni el último motivo de su trabajo. Es decir, que el servicio a los demás debe prevalecer sobre la satisfacción del yo y el deseo de autorrealizarse. La ciencia no debe quedarse como un fin autónomo e inmanente como en los siglos XVIII y XIX, y aún en el siglo XX se interpretaban los conceptos de libertad e independencia de la misma manera. A partir de 1945, con el estallido de las bombas atómicas de Hiroshima y Nagasaki, hemos visto cómo la discusión sobre la responsabilidad del científico se ha intensificado, llegando incluso a exigencias exageradas.

Progreso

El servicio al prójimo -yo prefiero hablar del prójimo más que de sociedad, pues ésta última es muy difícil de definir y puede quedarse en un lugar común y difuso- nos lleva a la consideración de la aportación del investigador al progreso. Esta aportación es con frecuencia difícil de valorar, pero debe estar en la intencionalidad de todo investigador. Que es difícil de valorar lo ilustra el caso de Faraday, que cuando demostró en Londres en una sesión de la *Academy of Sciences* que su jaula aislaba su contenido de las ondas electromagnéticas, le preguntaron para qué servía. Él contestó: “No lo sé, pero estoy seguro que antes de cien años el rey de Inglaterra recibirá impuestos por este descubrimiento”. Su vaticinio se confirmó en una dimensión que ni él mismo podía prever. Todos los aparatos de radio y televisión, coches, aviones y otros muchos objetos de nuestra vida cotidiana son posibles por el principio de la jaula de Faraday.

Hay que precisar el concepto de progreso. En general se distingue del simple desarrollo o evolución, porque las formas o estados que se van sucediendo en el tiempo en cada estadio presentan un grado superior de perfección. La idea del progreso aparece en el siglo XVIII como el principio dominante de la historia y en la Ilustración viene a sustituir a la Teología de

la Historia. La razón sería el motor congénito en el hombre que habría permitido superar la barbarie e ir alcanzando un fin utópico inmanente a la naturaleza racional. Los filósofos de los inicios de la era industrial (por ejemplo, Comte, Spencer y sobre todo los positivistas) dan al concepto de progreso un contenido nuevo asociado al desarrollo de la ciencia y la tecnología. Mientras que para los racionalistas el progreso debía manifestarse en un ennoblecimiento moral, para los positivistas la tecnología, y con ella el dominio sobre la naturaleza, se convierten en el tema central. También aquí aparecen en nuestros días tendencias críticas que por una parte ven en la técnica una amenaza para la naturaleza en su equilibrio ecológico, y por otra la imposibilidad de medir cuantitativamente lo que los avances tecnológicos aportan a la cualidad de vida bajo el aspecto de la ética, la religión, el arte y la cultura. La idea de progreso se ha ido alejando del ideal de un nivel de vida alto para dar más importancia a la mejora de la seguridad social, la igualdad de oportunidades y de las posibilidades individuales. En este sentido hay que ver también el movimiento antiglobalización que, a veces irracionalmente, ve un posible peligro para el individuo.

El Beato Josemaría no compartió nunca este pesimismo frente al progreso y no se cansó de afirmar algo que en octubre de 1967 quedó grabado en la homilía durante la Misa celebrada a cielo abierto en el Campus de la Universidad de Navarra: *amar al mundo apasionadamente*. El mundo es bueno porque Dios lo creó por amor y para entregarlo a la criatura creada a su imagen: el hombre, para que complete la obra que Dios mismo considera "muy buena". Durante toda su vida nos repitió que el hombre había sido creado *ut operaretur*, para que cuidara del jardín del Edén (Gen. 2, 15) y esto como se ve en el Génesis antes del pecado original. Con ello el Beato Josemaría fundamentaba toda la teología de la santificación del trabajo y al mismo tiempo subrayaba la responsabilidad del hombre para cumplir el encargo del Creador: "Creced y multiplicaos y llenad la tierra y sometedla y dominad los peces del mar, los pájaros del cielo y los reptiles que se arrastren por la tierra" (Gen. 1, 28). También en *Surco* encontramos en el punto 291 este pensamiento: "El Señor ha tenido esta finura de amor con nosotros: permitirnos que le conquistemos la tierra. Él -¡tan humilde siempre!- quiso limitarse a convertirlo en posible... A nosotros nos ha concedido la parte más hacedera y agradable: la de la acción y la del triunfo". Esta responsabilidad no puede quedarse en algo abstracto y teórico como vemos lo era para los humanistas, para los que el fin del progreso era llegar a un estado perfecto, es decir, una utopía, o tampoco en un desarrollo continuo como era para los ilustrados y los positivistas; era sin embargo en ambos casos algo inmanente. El progreso debe ser para los hombres concretos. Por ello, dándose cuenta de

los problemas del campo en España y en los países de Latinoamérica, impulsó la creación de escuelas familiares agrarias, en las que se enseñaba a los campesinos a modernizar el trabajo rural. Y siguió con la labor educativa en colegios de primera y segunda enseñanza, escuelas de formación de la mujer, centros técnicos para campesinos u obreros, clubes juveniles... Siempre teniendo como norte dar doctrina, enseñar. ¡Cuántas veces le oí decir que uno de los enemigos, incluso diríamos el enemigo principal, de la fe es la ignorancia!

El optimismo del Beato Josemaría fue siempre realista. Había vivido dos guerras mundiales, una guerra civil y una serie de guerras que se sucedieron en el mundo después de 1945. Pero estas realidades nunca le hicieron perder su optimismo, sólidamente fundamentado en una realidad que sobrepasa cualquier misterio del hombre. La conciencia de algo que nos repitió constantemente: que somos hijos de Dios.

El progreso no debe reducirse a lo material, como pregonó el materialismo dialéctico, sino que debe abarcar la dimensión ético-religiosa y cultural de la persona. Como consecuencia, el Beato Josemaría ponía como una meta el progreso individual y para ello la formación que cada uno debía cuidar, no sólo para su realización profesional, en el sentido que hoy damos a la formación continuada, sino también y sobre todo a la formación espiritual y al desarrollo de la personalidad. Frente al progreso colectivo que el Beato Josemaría valoraba sin restricciones, nos exigía a cada uno no cesar nunca en los esfuerzos para mejorar personalmente. Esto exige para los cristianos el conocimiento de nuestra fe y de la doctrina de la Iglesia.

Dignidad humana

Para el Beato Josemaría la condición común a todos los hombres es la base de su igual dignidad. “Nadie es más que otro, ¡ninguno! ¡Todos somos iguales!”, decía el Padre durante su primer viaje a México, en una tertulia con campesinos en Montefalco, y añadía: “Cada uno de nosotros valemos lo mismo, valemos la sangre de Cristo. Fijaos qué maravilla. Porque no hay razas, no hay lenguas: no hay más que una raza: la raza de los hijos de Dios”.

En *Surco* (nº 303) dice: “Un hijo de Dios no puede ser clasista, porque le interesan los problemas de todos los hombres... Y trata de ayudar a resolverlos con la justicia y la caridad de nuestro Redentor. Ya lo señaló el Apóstol, cuando nos escribía que para el Señor no hay acepción de personas, y que no he dudado en traducir de este modo: ¡no hay más que una raza, la raza de los hijos de Dios!”.

Para los cristianos los derechos fundamentales adquieren una contundencia especial con el conocimiento de nuestra filiación divina. Muchas veces nos contó nuestro Fundador con qué claridad y profundidad tuvo la vivencia de la filiación divina, no precisamente en una iglesia o durante un tiempo de retiro y meditación, sino el 16 de octubre de 1931, en Madrid, viajando en un tranvía. Consecuencia de la igualdad radical en la sociedad de los hombres, y de su común dignidad, es que “toda forma de discriminación en los derechos fundamentales de la persona, ya sea social y cultural, por motivos de sexo, raza, color, condición social, lengua o religión, debe ser vencida y eliminada por ser contraria al plan divino”. Desde el primer momento dio especial importancia a promover la posición de la mujer en la sociedad. Por ello, Vázquez de Prada al hablar de los vuelos que tomaron las obras corporativas destaca que al morir Mons. Escrivá de Balaguer, el Opus Dei, teniendo en cuenta tan sólo a la Sección Femenina, se ocupaba de la atención espiritual de 62 residencias universitarias, 51 colegios de segunda enseñanza repartidos por 17 países, y más de 200 centros culturales: institutos de enseñanza superior, granjas-escuelas para campesinas, escuelas de hostelería, etc.

La misma igualdad fundamental exige reconocer y proteger una serie de derechos universales e inviolables de la persona humana, a los que lógicamente corresponde también la exigencia de unos deberes, que alcanzan a todo individuo, aunque en mayor o menor grado según la posición y las funciones que se tengan dentro de la sociedad. Así, es necesario que se facilite al hombre todo lo que éste necesita para vivir una vida verdaderamente humana, como son el alimento, el vestido, la vivienda, el derecho a la libre elección de estado y a fundar una familia, a la educación, al trabajo, a la buena fama, al respeto, a una adecuada información, a obrar de acuerdo con la norma recta de su conciencia, a la protección de la vida privada, y a la justa libertad también en materia religiosa.

Considerar los deberes morales en un horizonte exclusivamente individualista, como si se tratara de algo independiente de la existencia, de las condiciones y del fin de los demás hombres, es contrario a la solidaridad del género humano, y desde luego, a la auténtica moral católica.

Ya hemos indicado la crítica que suscita la falta de responsabilidad en la investigación científica y el progreso tecnológico incontrolado. Para ambos, la dignidad de la persona representa un límite que se debe respetar. Esto no es fácil, como constatamos a diario, con las noticias científicas y pseudocientíficas con las que nos inundan los medios de información. La ambición personal no conoce límites cuando se trata de obtener resultados que parecían imposibles y que llevan a un gran aumento del prestigio del inves-

tigador. Sustraerse a la fascinación de nuevos avances tampoco es fácil para el público de la calle, que cada día lee su periódico más o menos sensacionalista. Pero hay que tener la valentía de nadar contra corriente como nos enseñó el Beato Josemaría.

Termino con una noticia que leí hace dos semanas en Berlín: “Se ha formado una alianza que reúne a los diputados de todos los partidos del *Bundestag* con el objeto de rechazar la utilización de embriones humanos para obtener células madre. La iniciativa ha sido propuesta sobre todo por mujeres, tanto del partido de los verdes como de los comunistas, como de los socialistas y la democracia cristiana”.

¡Y pensar que hace unos años, muchas de estas mujeres habían gritado que la barriga era suya! Ahora se dan cuenta que las manipulaciones tecnológicas han llevado a hacerles perder el dominio sobre su cuerpo.